

minuciosamente de aquella lucha sería repetir lo que allí se dijo. En el libro de Moltke encontrarán, pues, nuestros lectores cuanto con la citada guerra se relaciona, pudiendo, por consiguiente, ser considerado como el verdadero complemento de la presente historia de Napoleón III.

## APOGEO Y DECADENCIA DEL SEGUNDO IMPERIO

### I

#### EL IMPERIO Á PRINCIPIOS DEL AÑO 1860

Al comenzar el año 1860 había llegado el segundo Imperio francés á su más alto grado de esplendor; los sucesos acaecidos en dicho año contribuyeron á aumentarlo. La anexión de Saboya y Niza á Francia, la expedición á Siria, la campaña de China, el triunfo de la política napoleónica en Italia, la prosperidad interior del país debida á las medidas económicas que se adoptaron, la construcción de grandes obras públicas y el embellecimiento progresivo de la capital, que cada día atraía mayor número de provincianos y extranjeros, y por último la animación, la vida de lujo y placeres que llevaba la alta sociedad favoreciendo la industria y el comercio, constituían una serie de concausas que permitían augurar la consolidación de la dinastía, el incremento de la riqueza pública y la perdurable satisfacción de los franceses.

Napoleón III, que frisaba en los cincuenta y dos años, conservaba aún toda la energía y robustez, su natural despejo, y su constancia en llevar adelante cuantos planes se proponía, por más que á veces se mostrara indeciso en los medios de realizarlos. Los horrores de la última guerra de que había sido testigo ocular, en lugar de acostumbrarle á tales espectáculos, le habían disgustado de ellos, y se confirmaba una vez más en sus proceder humanitarios, siquiera en general pecaran de autoritarios, propendiendo en el interior al funcionamiento de una democracia cesárea, y guiándole en el exterior el jamás abandonado principio de las nacionalidades. A pesar de haber llegado á la edad madura, aún conservaba su imaginación novelesca é inclinada á las aventuras, por más que esta inclinación pareciera incompatible con su exterior tranquilo, impasible, imperturbable. Laborioso sin desaliento, atendía á los negocios más variados y múltiples, y lo mismo despachaba con su gobierno oficial, que con sus consejeros secretos, sus agentes y hasta con los periodistas que tenía á su devoción.

Su prestigio no había sufrido menoscabo alguno, pues hasta entonces el éxito más brillante y completo había coronado todos sus propósitos, y se creía que había hecho un pacto con la fortuna. Los partidos, desanimados, parecían haber desistido de toda oposición, lo mismo los republicanos, cuyos principales jefes estaban en el ostracismo, que los realistas, divididos entre sí á causa del antagonismo que existía entre las dos ramas de la casa de Borbón. En suma, á principios de 1860 era Napoleón III el monarca más respetado y atendido de Europa.

La emperatriz, que á la sazón contaba treinta y cuatro años, estaba en todo el esplendor de su rara belleza. Dondequiera se la admiraba, se la aplaudía, se la aclamaba. Nadie criticaba el lujo que ostentaba, pues su ejemplo era imitado por las damas y así se contribuía grandemente á la prosperidad del comercio y de la industria parisienses. Sin intervenir decididamente en la política, y más bien atenta á los cuidados de su hijo, que tenía por entonces cuatro años, procuraba sin embargo ejercer á veces cierta influencia en el ánimo de su esposo, especialmente en lo que se refería al Papado, tanto por sus sentimientos religiosos, profundamente católicos, cuanto por ser el Sumo Pontífice padrino del príncipe imperial. Por esto fué más viva su alarma y mayor su disgusto cuando vió que el emperador, vacilando en ponerse al lado de los defensores del poder pontificio, adoptaba una política de indecisión que dió lugar en sus consejos á la formación de dos partidos opuestos: uno, el contrario al Papado, dirigido por el príncipe Napoleón, y otro, favorable al poder temporal de Pío IX, inspirado por la emperatriz, la cual estaba íntimamente convencida de que el gobierno imperial necesitaba el apoyo del clero, y de que los intereses de la Iglesia no podían separarse de los del Imperio.

Por esto fué tan grande como dolorosa la impresión que lo mismo á ella que á los numerosos partidarios del poder temporal del Papa produjo la alocución que el Soberano Pontífice dirigió al general Goyón, jefe del ejército francés que ocupaba á Roma, al presentarse dicho general con su Estado mayor á felicitarle el día de Año nuevo. «Al prosternarnos, dijo el Padre Santo al final de su alocución, á los pies de ese Dios que ha sido, es y será por toda la eternidad, le rogamos, con toda la humildad de nuestro corazón, que haga descender su gracia y sus luces sobre el jefe augusto de ese ejército y de esa nación, para que iluminado con esas luces, pueda marchar con seguridad por su difícil camino, y reconocer la falsedad de ciertos principios que en estos últimos días se han consignado en un opúsculo que se puede calificar de monumento insigne de hipocresía y de tejido innoble de contradicciones. Estamos tanto más convencido de ello cuanto que obran en nuestro poder ciertos documentos que S. M. tuvo la bondad de remitirnos hace algún tiempo y que son una verdadera reprobación de esos principios. Llevado, pues, de esta convicción, imploramos á Dios para que derrame sus bendiciones sobre el emperador, sobre su augusta compañera, sobre el príncipe imperial y sobre toda la Francia.»

El opúsculo á que el Pontífice se refería era el folleto titulado *El Papa y el*

*Congreso*, acerca del cual se ha hecho ya alguna indicación al final del tomo anterior. El Padre Santo calificaba de «monumento insigne de hipocresía y tejido innoble de contradicciones» un escrito que si no había sido enteramente redactado por el emperador, era público y notorio que nadie sino él lo había inspirado, dando además á entender Pío IX que para continuar en buenas relaciones con el Imperio exigía la desaprobación clara y terminante de aquella publicación.

Con gran desaliento de la emperatriz y de los partidarios del papado, Napoleón III, que había adoptado ya su determinación, no retrocedió ante aquella manifestación del enojo del Pontífice, tanto más cuanto que en 31 de diciembre del año anterior había escrito á éste una carta aconsejándole que para tranquilidad de Europa sería conveniente que renunciara á unas provincias que hacía cincuenta años suscitaban tantos embarazos á su gobierno. La primera prueba que dió el emperador de lo resuelto que estaba á persistir en su plan fué nombrar ministro de Negocios extranjeros el 4 de enero de 1860 á M. Thouvenel, embajador en Constantinopla, en reemplazo del conde Walewski, que cansado ya de que el emperador procediera en casi todos los asuntos sin contar con él, presentó su dimisión, que le fué aceptada. El nombramiento de Thouvenel parecía justificado, pues además de haber sido director político en el ministerio de Negocios extranjeros y de representar brillantemente á Francia en el imperio otomano, era hombre de talento nada vulgar, y lo que valía más para el emperador, se le consideraba inclinado á secundarle eficazmente en su política italiana. Al conde Walewski se le concedió en recompensa de sus servicios una pensión anual de cien mil francos, en su calidad de individuo del Consejo privado sin sueldo.

La retirada de este ministro no causó gran impresión en la masa general del público; pero unida á la elección de su sucesor y á las aprensiones que había suscitado la alocución del Papa, así como la carta del emperador al Padre Santo, produjo entre los partidarios del papado una excitación que fué el principio de la crisis religiosa que á no tardar sobrevino, crisis que á su vez inició la ruptura de la cohesión con que todos los partidos apoyaban al Imperio. La oposición de los católicos fervientes comenzó en la prensa, continuó en las cámaras, en la Academia; algunos prelados hicieron oír su voz contraria á la política seguida en la cuestión italiana por el gobierno, sin que tampoco faltaran notables publicistas que dieran á luz folletos condenando esta política. Las manifestaciones de este celo religioso llegaron á tomar tal cuerpo, que el gobierno se decidió á adoptar medidas de represión y comenzó por perseguir á la prensa, suprimiendo algunos periódicos.

El notable escritor católico Luis Veuillot, que en su diario *El Universo* había apoyado siempre la política imperial, al ver que Napoleón la modificaba tan radicalmente en su parte religiosa, se revolvió contra él, y desde entonces se valió para combatirle de tanta acritud como celo mostrara antes en sostenerle. El resultado de esta lucha no se hizo esperar, y el 30 de enero un decreto suprimió *El Universo*, medida autoritaria que causó alguna sensación.

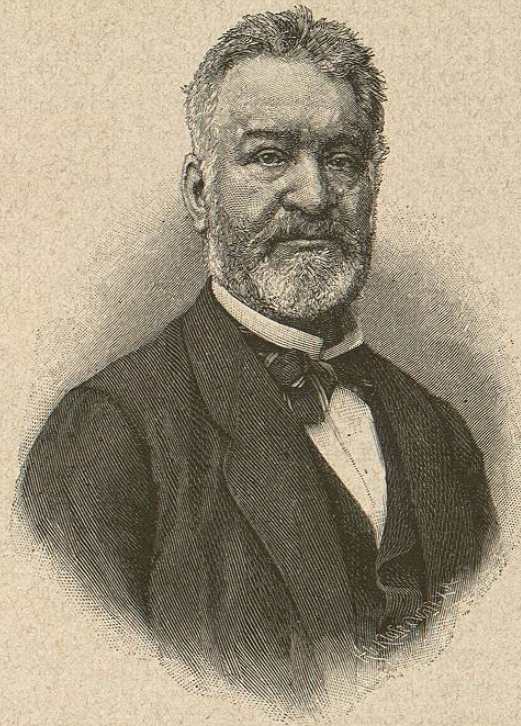
Desde aquellos días, puede decirse que habían pasado las horas de gobierno fácil para el Imperio y que en adelante se tropezaría con oposiciones y dificultades que si no amenazaban aún con la inmediata decadencia del Imperio, eran señales precursoras de esta decadencia, é indicaban que había desaparecido la unanimidad con que todos se prestaban á acatar las disposiciones del emperador.

Coincidió con el nombramiento de Thouvenel para ministro de Negocios extranjeros la vuelta al poder de Cavour, á quien Víctor Manuel volvió á nombrar presidente del Consejo de ministros de Cerdeña el 20 de enero. Este nombramiento debióse á las repetidas instancias de Napoleón, quien deseaba tratar con él sobre el arreglo de la cuestión de la Italia central y más especialmente sobre la cesión á Francia de Saboya y Niza, cesión que hacía algún tiempo tenía el emperador meditada, y la cual había sido propuesta oficialmente al gobierno piamontés por el nuevo embajador francés M. Talleyrand, en 10 de enero. A pesar de la repugnancia del rey, tuvo éste que ceder á tan repetidas instancias, y Cavour dirigió de nuevo la política italiana. A los siete días de haber tomado nuevamente posesión de su elevado cargo, el batallador ministro expuso claramente en un despacho circular, no ya sus deseos, como en otro tiempo, sino sus propósitos y los de Italia, consistentes en la anexión al Piamonte de Parma, Módena, Toscana y las Romanas, y á este fin encaminó todos sus esfuerzos, venciendo dificultades y arrojando oposiciones.

Pero si el nuevo ministerio piamontés tenía fundadas esperanzas de conseguir sus fines, era también indudable que estaba llamado á consumir el sacrificio de Saboya y Niza, y formulada, como queda dicho, oficialmente la exigencia de Napoleón en este sentido, se comprendió entonces cuán sistemáticamente había trabajado á tal fin en los seis últimos meses. Ya bastante tiempo antes había dado la prensa extranjera la noticia de que en Saboya se recogían firmas para una petición solicitando la unión del país con Francia. Al mismo tiempo los diputados saboyanos al parlamento de Turín publicaron una declaración pidiendo para su provincia un gobierno separado, la disminución de las cargas públicas, la exención de su cupo en los gastos de la guerra y mayor fomento de sus recursos materiales, todo ello muestra evidente del trabajo de zapa del partido francés. La sustitución de Walewski por Thouvenel iba encaminada á realizar dicho plan, y por último Cavour, así como otros hombres de Estado piamonteses, consideraban necesaria la cesión de Saboya, y en caso necesario también la de Niza, como precio aceptable del desistimiento de Napoleón á su oposición en la cuestión de la Italia central. Faltaba, pues, únicamente contar con la aquiescencia de las grandes potencias, en especial Inglaterra y Austria, para que el emperador realizara sus deseos de engrandecimiento del territorio francés.

La diplomacia imperial supo alcanzar esta aquiescencia, halagando á la Gran Bretaña en el concepto que más grato pudiera serle, ó sea en sus intereses comerciales, y valiéndose además de ella para lograr que Austria no pusiera inconvenientes á la mencionada anexión.

Más adelante nos ocuparemos de estos asuntos. Entretanto conviene decir que las dificultades de la política interior y exterior no eran óbice para contener lo que en París se llama el movimiento mundano. La capital estaba tan brillante y animada como en los inviernos anteriores. Al principio del año, notóse cierta vacilación entre las personas acostumbradas á dar fiestas. El aplaza-



Luis Veillot, notable escritor católico

miento indefinido del Congreso, la languidez de los negocios, la baja de la Bolsa las habían desanimado algo; pero el placer y las diversiones recobraron pronto sus derechos, y el magnífico baile dado en las Tullerías el 11 de enero fué la señal para que la animación renaciera. Llegaron poco después las fiestas de Carnaval, y la fiesta romana celebrada por el príncipe Napoleón en su casa pompeyana y los grandes bailes con que algunos ministros obsequiaron al elemento oficial incitaron á muchas familias pudientes á organizar en sus salones análogas fiestas, y París, dando de mano á todas las preocupaciones, se divirtió grandemente por espacio de dos meses.